

EL MUNDO COMEDIA ES

POLITICA Y LOCURA

Probablemente, Patricia Hearst estaba loca. Sin duda lo estaba también Sarah Morre, la que quiso —¿o no quiso?— matar a Ford. La legión de psiquiatras que determina estos casos es, probablemente, innecesaria. En primer lugar, porque no hay ningún motivo para suponer que Patricia Hearst y Sarah Moore iban a ser una excepción de cordura en el mundo. En segundo lugar, por sus propios actos.

Sólo la demencia podría haber obligado a la querida Patricia a abandonar la abundancia, las drogas menores, el sexo a domicilio y otras dulzuras del **establishment** y la sociedad de la abundancia (dentro de la sociedad de la abundancia) para preocuparse por los pobres de una manera tan peregrina como la que pretende el Ejército simbiótico de liberación. Sólo una demente podría abandonar las filas del F. B. I., como hizo Sarah Moore, para apuntar y disparar contra el honesto rugbyman Gerald Ford. En el F. B. I. tenía ocasión de hacer más daño aún: podía denunciar cada día a un par de amigos radicales (esto es, de la nueva izquierda) y asegurar al mismo tiempo su sustento. La sociedad define como locura todo aquello que hace huir al individuo de sus normas.

En el caso de Patricia Hearst es donde más claramente se advierte la necesidad social de dividir su personalidad, de alejarla en el período de simbiotismo (si es que se dice así) de la cordura oficial. «Sonreía como si estuviese contenta de ser detenida», ha declarado el agente del F. B. I. que la detuvo. «Merodeaba por barrios concurridos como si quisiese ser detenida», aducen algunos testigos. El cuadro

comienza ahí, el montaje está dispuesto. En una sociedad perfecta, sólo el loco —el borracho, el drogado o el influido por doctrinas disolventes infiltradas desde más allá de las fronteras— puede separarse de ella. En un país que tiene la suerte de estar gobernado por un hombre de la privilegiada inteligencia y serenidad de Gerald Ford, sólo un loco puede pretender dispararle. El loco es un personaje continuamente usado en la política de las situaciones-límite: loco fue declarado el asesino de Verwoerd en África del Sur, y loco Oswald, asesino perfecto —demasiado perfecto— del presidente Kennedy.

Si queremos buscar situaciones perfectamente cuerdas, tendremos que buscarlas en Mario Soares visitando al presidente Giscard, en nombre del partido socialista portugués cuando los socialistas franceses se niegan a acudir al Eliseo. Habrá que buscarla en el jeque Yamani que cree que el petróleo no está amenazado por la inflación occidental. Tal vez en México, donde al hacerse pública la lista de los candidatos a la elección presidencial se descubre, ya que tiene que ser elegido José López Portillo, que invita a sus conciudadanos a llamarle «Pepe», porque le parece más familiar y más conveniente. Sin duda en el cuerdisimo presidente Sadat, que cede fácilmente las largas reivindicaciones de los árabes para evitar más discordias.

Tal vez en Kissinger, que...

Pero, en realidad, no hace falta prolongar la relación. Busque usted en su diario favorito. La lista de los cuerdos, la lista de los locos, como la de los malos y los buenos, se está haciendo cada día. ■ HARO TECGI FN

NUEVOS TERMINOS

La política se nutre continuamente de nuevos términos. Desgraciadamente, esos nuevos términos no descubren nuevas opciones o nuevas ideas: su principal misión es la de pulir y abrigar viejas actitudes. Francia, gran acuñadora de términos, está lanzando algunos nuevos. Por ejemplo, el presidente Giscard pretende crear «una sociedad liberal avanzada». En el congreso de los diputados del U. D. R. (los degolistas) la frase no gusta, y lanzan contra este neologismo otros neologismos: se trata de un «pequeño liberalismo burgués», de un «laxismo» —de laxo: sin tensión, flojo, de moral relajada— que puede producir un «capitalismo salvaje». Nuestros jóvenes —y viejos— políticos podrían comenzar a nutrir su vocabulario en estas fuentes. ■

EL RECUERDO DE ANATOLE FRANCE

A los cincuenta años de su muerte, Anatole France recibe el homenaje de una exposición en la Casa de la Radio de París. «Anatole France en la vida social de su tiempo». Algunas frases del maestro olvidado (en España tuvo su auge, tuvo su prohibición y ahora tiene su olvido) le sitúan en el contexto de su vida social de su tiempo: «Soy socialista por una razón muy delicada, muy particular: soy socialista por placer.» «Me gustan mis errores: no quiero renunciar a la libertad deliciosa de equivocarme.» «La contradicción nos da una oportunidad de encontrar la verdad.» La escuela: «Prisión en la que se encierra a la juventud.» Lean ustedes, aprovechando el centenario, «El crimen de Silvestre Bonnard» o «Las opiniones de Jerónimo Coignard». Lean, sobre todo, «La isla de los pingüinos». Es posible que en las librerías de viejo se encuentren todavía algunos ejemplares. Corran, antes de que alguien los quemé. ■

UN NEGOCIO PERDIDO

El destino de los acuerdos es el de no ser respetados. Cada vez que se firma uno, sabemos que pasarán quizá minutos, en el mejor de los casos horas, antes de que las dos partes, simultáneamente, se acusen de violarlo. El 24 de septiembre entró en vigor el acuerdo de alto el fuego en Beirut, donde se enfrentan cristianos (ricos, dominantes) con musulmanes (pobres, dominados): debían desmantelarse las barricadas y retirarse las armas. Dentro de la más perfecta de las lógicas, las barricadas siguen en pie, las armas no sólo están allí,

